

Intervención de don Ricardo Díez Hochleitner, subsecretario del Ministerio de Educación y Ciencia, ante la Conferencia de Ministros de Educación y Ciencia de América Latina y el Caribe (Caracas, 3-15 de diciembre de 1971)

Señor Presidente, señores ministros, señor director general de la Unesco, señores delegados, señoras y señores:

Resulta particularmente grato para un observador de España comprobar en ocasiones como ésta la firme voluntad de todos nuestros pueblos de recorrer cuanto antes el difícil camino del progreso, con la convicción de que la educación es, por su propia esencia, la clave de ese deseable progreso material y espiritual.

La vocación solidaria de encontrar soluciones ambiciosas y viables a los problemas existentes subraya así el espíritu de auténtica cooperación que preside esta conferencia.

España está también plenamente consciente de la necesidad de esta cooperación internacional, porque sabemos que para ayudarnos a nosotros mismos debemos hacerlo en colaboración con las demás naciones y especialmente con nuestros países hermanos, cuyos problemas y grandes líneas de soluciones educativas están tan ligados a los nuestros, como lo demuestran las densas y prometedoras intervenciones de los señores ministros y jefes de Delegaciones que ya hemos tenido el placer de escuchar aquí.

Con las primeras Universidades en este continente, España dió en su día prueba del empuje creador de esa joven sociedad que en aquel entonces estaba consolidando las raíces de su cultura. Ahora, esta España de hoy, rejuvenecida y siempre hermana vuestra, desea conocer el resultado de las importantes experiencias que en el plano de la educación realizan todos los países de la región, mostrando así su afán de una permanente dialéctica como estilo y norma de su propia reforma educativa.

Para quien ha sido durante muchos años peregrino amante de estos países, como funcionario internacional al servicio de la educación, es ésta, ocasión excepcional para constatar una vez más que los hombres de estas tierras han abierto a lo largo de estos años de esfuerzo mancomunado muchos cauces para la paz y el progreso, con particular énfasis en las soluciones educativas.

El esfuerzo que aquí se ha hecho en materia de educación a lo largo de estos años significa una lucha sin cuartel contra cuanto atenaza la marcha del hombre hacia un horizonte de esperanza, y representa, sin duda, una contribución inestimable de nuestros pueblos hermanos a la cultura moderna para fundir en ella sus valores esenciales con el progreso técnico.

Es mucho el camino recorrido desde la Conferencia de Ministros de Buenos Aires en 1966 y, sobre todo, desde la no menos memorable de Santiago de Chile en 1962; las cifras globales y por países así lo atestiguan.

Aquí se han conjugado la voluntad política de realizar planes realistas junto con una cooperación internacional inteligente, en la que Unesco no ha ahorrado esfuerzo con reuniones, con centros regionales y tantos hombres de todos los confines, no pocos de ellos españoles, llenos de espíritu de servicio, además de altamente competentes.

Los frutos de esta labor son patentes, y no es el menor el hecho de que se vaya dibujando aquí, al igual que en las demás regiones del mundo, una política educativa convergente en lo esencial, contribuyendo así en gran medida a la verdadera integración de los países como es la integración por la cultura (común entre tantos de los pueblos aquí representados) y por la educación, educación

que es igualmente instrumento principal de convivencia e integración en el seno de cada país.

Pero la tarea que queda por hacer en favor de la educación, esa permanente tarea inacabada, es aún inmensa. Así lo demuestra la complejidad e importancia del orden del día de esta conferencia.

Permitidme, pues, algunas reflexiones sobre algunos de los puntos principales del temario de la conferencia, en el espíritu de cooperación con el que hemos venido a compartir aquí lo que son, a fin de cuentas, preocupaciones comunes a todos.

El presidente Caldera, en su discurso inaugural de la conferencia, hablaba con razón de la reciente popularización de la enseñanza media, sea ésta posterior a la enseñanza primaria o, como en el caso de la reforma educativa de España, parte integrante de la educación general básica obligatoria y obligatoriamente gratuita hasta los catorce años, seguida de un bachillerato unificado y polivalente y de un curso de orientación universitaria.

La disyuntiva que esta democratización presenta es hasta qué punto conviene conjugar esta expansión de la enseñanza media con una diferenciación o especialización de enseñanzas técnicas, en el deseo de dar respuesta a las exigencias del desarrollo.

La opción que España ha adoptado, después del ampliamente debatido Libro Blanco y de la aprobación de la Ley General de Educación y de financiamiento de la reforma educativa, en agosto del pasado año, ha sido la de establecer, como ya he dicho antes, una educación general básica con una simple iniciación profesional a lo largo del último curso, seguido de un bachillerato unificado y polivalente que no hace distinciones, como estaba establecido antes, entre Ciencias y Letras, y que no quiere preparar especialistas, aunque sí incluye un importante porcentaje de enseñanzas en algunos de los sectores de la actividad práctica y tecnológica, a fin de establecer la muy conveniente relación entre la teoría y el quehacer práctico.

A esta conclusión hemos llegado por creer en la conveniencia de ofrecer «plataformas culturales» que hagan realidad la igualdad de oportunidades del sistema educativo, sin olvidar la necesidad de dar una respuesta concreta a las exigencias del desarrollo económico y a las realidades de las oportunidades de empleo, para lo cual hemos revisado el concepto y la práctica de la formación profesional para hacer de ella una enseñanza acelerada de técnicas específicas que permiten, a modo de puente entre el sistema educativo y los puestos de trabajo, incorporar rápidamente a quienes lo deseen o necesiten a la actividad productiva de acuerdo con las oportunidades concretas que el desarrollo económico ofrece en cada momento de la vida del país, sin prejuzgar la posibilidad de cambio de profesión a lo largo de la vida del hombre.

Esta formación profesional se ofrece, por tanto, después de cada una de las plataformas culturales que representan la educación general básica, el bachillerato y la educación universitaria del primer ciclo. Creemos responder así a la necesidad

de máxima flexibilidad en el sistema educativo que ofrezca verdadera igualdad de oportunidades a jóvenes y adultos, al permitir a estos últimos realizar estudios equivalentes a los niveles posteriores de enseñanza en plazos más breves, teniendo en cuenta el grado de madurez cultural que la actividad profesional les proporciona.

Y dentro de esta política funciona, por ejemplo, desde hace dos años, la modalidad de acceso a la universidad de los adultos mayores de veinticinco años que no tienen título de enseñanza media, con sólo presentar las pruebas de su madurez intelectual, lograda a lo largo de la actividad profesional respectiva.

Otro aspecto muy importante del orden del día de la conferencia es ciertamente la investigación en la Universidad y la necesidad que se subraya de servir la investigación al desarrollo. Pero esto quiere decir que hay que distinguir la investigación libre, no planificada, tan propio de toda actividad universitaria, de la necesaria investigación en áreas de prioridades del desarrollo previamente establecidas.

Todo ello muestra la necesidad de una política científica coherente, política científica que los logros de una política educativa hará posible, porque tal es el soporte, el prerrequisito esencial para un desarrollo científico y tecnológico eficaz, que, además, precisa una estrecha coordinación con la política de desarrollo general y ciertamente con la política de expansión industrial.

Esta política científica, tan necesaria para orientar la investigación en nuestras Universidades, ha de poner en evidencia en todos los países la urgencia de una masiva labor de investigación al servicio del desarrollo de la educación, durante tanto tiempo desatendida, pese a constituir actualmente en muchos de nuestros países el sector económico (además de social) de más elevado volumen de inversiones.

Esta es la razón de la creación en España de una red de Institutos de Ciencias de la Educación en cada Universidad para llevar a cabo las investigaciones sobre problemas concretos del desarrollo educativo y para formar y actualizar el profesorado a todos los niveles, en buena parte con los resultados de estas investigaciones, llevando así al seno de la Universidad el desafío y el papel que les corresponde para que vuelvan a ser plenamente el corazón y el motor del sistema educativo, alma que nunca debieron dejar de ser. Para orientar y coordinar esta red de Institutos de Ciencias de la Educación hemos creado hace dos años, con la muy eficaz ayuda de la Unesco, el Centro Nacional de Investigaciones para el Desarrollo de la Educación (CENIDE), encargado de coordinar y orientar los planes de investigación y apoyar los programas de formación del profesorado.

A tal fin estamos decididos a dedicar un porcentaje suficiente del presupuesto educativo para estos fines, como lo propugnara René Maheu con gran acierto en aquella conferencia de Williamsburg, de tan grato recuerdo. Y a propósito, cabe indicar que el presupuesto se ha visto multipli-

cado en estos últimos cuatro años por cerca de tres veces, teniendo establecido su ritmo de crecimiento hasta 1980 en las previsiones que la Ley de Educación hace en cifras calculadas gracias a un modelo macroeconómico.

El CENIDE, al igual que el Centro establecido para apoyar la administración educativa de manera científica con el poderoso instrumento de un Centro de Cálculo, está, como todos los demás nuevos centros y experiencias, a disposición de los países amigos que deseen una cooperación.

De hecho hemos tenido la suerte de recibir muchos distinguidos visitantes, aquí presentes, sin olvidar las intensas y felices jornadas de la reunión de ministros, convocada por la Oficina de Educación Iberoamericana con la cooperación de España a fines del pasado año en Toledo.

Pero frente a estos y otros problemas objeto de esta Conferencia y subyacente a todos ellos está la necesidad de un replanteamiento de la educación de cara a ese futuro que precisamente se quiere servir. Esa «renovación global de la educación», a la que hacía referencia el director general de la Unesco, es el imperativo de esa década, y de ahí la oportunidad no sólo de las reformas que han venido a vivificar el planeamiento integral de la educación, que vio su primera luz en la América Latina, sino también de una prospectiva realista pero innovadora y audaz que haga viables las ambiciones e inaplazables aspiraciones educativas de nuestros pueblos, a pesar de los inevitables techos financieros, y que haga bella realidad la educación permanente, desafío total al hombre y a su capacidad creadora.

Precisamente en esta línea de preocupaciones hemos incluido en el proyecto del Segundo Plan de Investigaciones para el Desarrollo de la Educación en España, próximo a ser aprobado, el diseño de un proyecto de «Centro Educativo» que supere distingos de los viejos niveles educativos, de la tradicional matrícula de jóvenes separada de los adultos, de los calendarios rígidos, de los planes de estudio estereotipados y de toda una

serie de lastres que hacen difícil se realice de verdad esa deseable unidad del proceso educativo ahí donde tiene que realizarse, es decir, a nivel de cada centro educativo.

De ahí que estemos siguiendo en España una política de solares que permita en el futuro construir, junto y como complemento de los edificios que ahora se erigen de acuerdo con el sistema educativo, los otros edificios que permitan hacer realidad ese nuevo concepto de centro educativo que vislumbramos para el futuro.

De esa educación del futuro tendrán que ocuparse en mayor medida las reuniones que se celebren a lo largo de los próximos años, y por ello quizá sea más oportuno que nunca buscar nuevas fórmulas para las conferencias regionales de Ministros, que tan importante papel han cumplido, pero que resultarían en el futuro tal vez demasiado rígidas para un debate entre países con problemas comunes y con deseos de ayudarse mutuamente para hacer llegar eficazmente a todos el «mensaje universal de la Unesco», que nos decía ese humanista que es el director general señor Maheu.

Como miembro del Consejo Ejecutivo de la Unesco y a pocos días de la celebración del veinticinco aniversario de la fundación de la Organización, permitidme decir, para terminar, que la Unesco que aquí nos ha convocado, está haciendo honor al simbolismo implícito de la trilogía de su nombre: Ciencia, Cultura y Educación son al fin y al cabo tres aspectos de una sola empresa: la promoción del espíritu humano; la organización para el progreso humano. Tal es la ambiciosa y emocionante vocación de la Unesco; desarrollar cuanto hay de específico y universalmente humano en el hombre, y con ello exaltar también todo cuanto hay de espiritual en el mismo. Lo esencial de la Unesco no es la ayuda que con tanto éxito ha venido prestando, sino la ayuda mutua y la colaboración internacional que promueve; colaboración internacional que es la mejor garantía de la paz.